

Las Limitaciones de la Escritura

Charles Welch

Trad. Juan Luis Molina

Retirado de Bibleunderstanding.com

Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado...así que no juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor...para que en nosotros aprendáis a no pensar más de lo que está escrito. (1ª Cor.4:4-6).

Bien podemos imaginarnos que algunos de nuestros lectores vengan a leer el título de este artículo con algunas reservas, así que vamos rápidamente a explicar nuestro significado para evitar producir dolores o ansiedad innecesarios a todos aquellos que aman realmente la Palabra de Dios. Si comenzamos diciendo lo que no queremos decir, eso nos ayudará a poner en claro lo que deseamos significar por el título que acabamos de dar.

No queremos sugerir la menor desconfianza hacia la Palabra de Dios. Nos regocijamos pudiendo decir de todo corazón y creemos que *TODA LA ESCRITURA ES INSPIRADA DE DIOS*. Estamos persuadidos de que no solo es inspirada en sus líneas generales, sino que, además, la divina inspiración se extiende aun también al lenguaje y selección de sus palabras y frases individuales.

¿Qué entendemos, pues, por las *limitaciones* de la Escritura? Entendemos que las Escrituras en todas sus partes reclaman contener el registro de todos los propósitos y caminos de Dios, pero que, sin embargo, tales relances de las insondables profundidades e infinitas alturas de Él se nos dan en la medida que nuestra finitas o limitadas capacidades los puedan permitir. Si nos volvemos y examinamos ahora los escritos de los hombres, vemos que muchos de ellos tratan con temas que van mucho más allá de los límites inspirados de la Escritura. La revelación comienza con Dios como creador, *en el principio Dios creó el cielo y la tierra* (Gén.1:1). La teología del hombre no se contenta con esta información, tiene que probar y entremeterse en lo que Dios ha extendido sobre ello un velo. La teología del hombre y su filosofía viene a nosotros y nos cuestiona, ¿“Nunca tuvo Dios un principio”? Dentro de los límites de la experiencia humana eso de que nunca hubiese tenido Dios un comienzo sencillamente no existe. Sin embargo, en vano intentaremos entenderlo de otra manera.

El hecho bendito que queremos señalar es que, el propio Dios, jamás nos encargó que ocupásemos nuestras mentes con tales declaraciones. Aquel que en la tierra pudo decir: *Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podréis sobrellevar,*

también nos ha dado, en el más amplio alcance de todas las Escrituras, tanto cuanto aquí y ahora seamos capaces de entender.

¿No hemos sentido, cuando escudriñamos las Escrituras sobre algún tema específico, el deseo de tener más explicaciones que Dios haya tenido por bien ocultar? ¿No son verdaderas las palabras de Zofar el Naamatita: *Podrás tú, por mucho que lo procures, encontrar a Dios?* ¿No precisamos tener siempre en mente la reprensión hecha a Job, diciendo: *He aquí, Dios es grande, y nosotros no le conocemos, ni se puede seguir la huella de Sus años* (Job 36:26), *llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?* (Job 11.7). En las más altas revelaciones que se nos ofrecen ¿no hay en ellas *insondables riquezas*? Antes bien ¿no se nos exhorta a alcanzar a conocer el amor de Cristo *que sobrepasa todo conocimiento*? Observemos bien lo que dijo ciertamente el apóstol, después de concluir la revelación de los caminos de Dios con Israel:

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios, e inescrutables Sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor (el conocimiento)? ¿O quién fue su consejero (sabiduría)? ¿O quién le dio a Él primero, para que le fuese recompensado (riquezas)? (Romanos 11:33-35)

¿No hay un sugestivo misterio en cuanto al destino de aquellos tales como el Faraón, o de Esaú, al modo como se registran en Romanos 9? ¿No se anticipa inspiradamente nuestro natural deseo de encontrar más de lo que se revela, y no se halla esta mala inclinación natural nuestra en las palabras, *Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así?* (Romanos 9:20). Hay muchos que hablan como si la Biblia tratase con la eternidad, pero eso no es cierto. Comienza y acaba con el tiempo. Es la inspirada revelación de algunos de los caminos y propósitos de Dios relativos a, y durante las, EDADES O TIEMPOS ESTABLECIDOS. De lo ocurrido antes que la edad de los tiempos comenzase sabemos muy poco, y de lo que venga a suceder cuando estas edades hayan acabado de correr su previsto curso no sabemos comparativamente nada. ¿No será más sabio, mejor, y más beneficioso para los que hayamos sido salvos por gracia, reconocer la sabiduría y la bondad que conlleva este ocultar de información?

Pensemos en los errores que se han acumulado alrededor de la errónea traducción de *aion*. En vez de honestamente traducir la palabra “edad”, los traductores asumieron que debía referirse a la “eternidad”, y por eso siempre que fuese posible la tradujeron por las palabras que indican la eternidad, aquello que sea *sin fin a la vista*. ¿No se ha escrito el libro de Eclesiastés para que veamos la total imposibilidad de intentar ir más allá de lo que le ha placido a Dios revelarnos? *Todo lo hizo hermoso en Su tiempo, y ha puesto (oiam, la edad) en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin* (Ecles.3:11). ¿No son estas palabras para nosotros? ¿Estamos así tan seguros de que, si somos enseñados por el Espíritu de Dios, vayamos a comprender la obra que Dios hizo desde el principio al fin? Algunos hijos de Dios parece que piensan así. Nos sentimos solidarios con ellos de todo corazón, pero no compartimos la misma opinión. Los problemas nos abruman y se ciernen con dureza a todos. Creyendo de manera implícita en la plena inspiración de la Escritura, y creyendo, además, que fuera de sus sagradas páginas no hallaremos luz alguna sobre estos asuntos, muchos han llegado a la conclusión que por un sobre

diligente y minucioso estudio con oración, por la cuidadosa ubicación de cada cosa en su sitio, la totalidad de los propósitos de Dios han de ser al fin y al cabo descubiertos. De hecho, esto no es para nada una suposición. Muchos de nuestros lectores han de haber leído artículos de las plumas de diligentes estudiantes Bíblicos que creen haber analizado todo el conjunto, y que no dudan en enseñarnos aquello que venga a suceder y tener lugar después que Satán, y aquellos cuyos nombres no se encuentran escritos en el Libro de la Vida, sean lanzados en el Lago de Fuego. Llegado a este punto cesa la exposición, y se introducen las inferencias. No hay revelación alguna que se nos dé en cuanto a lo que ha de suceder con aquellos que sean consignados a la *segunda muerte*. Es cierto que hay pasajes de tremenda importancia que podrían aportar su peso sobre el tema, pero tan solo por vía de deducción. Esto de manera inmediata nos pone todo el asunto por encima de los límites de la inspiración, y desconfiamos demasiado de nosotros mismos como para permitirnos hacer deducciones que vayan más allá de los límites divinos.

Así que el lector abre el sagrado libro, inmediatamente se percibe que mucho ha de haber sucedido que simplemente no se registra. Puede descubrir por lo que está escrito en Isaías 45:18 que la tierra no fue creada “desordenada y vacía”, sino que se volvió de esa manera. Puede además descubrir que, “el mundo que era entonces, debido al diluvio que lo inundó, pereció” (2ª Pedro 3:5, 6), pero aun así no ha de hallar nada registrado en cuanto a los muchos detalles que su curiosidad natural le guíe a procurar. En el tercer capítulo de Génesis, la Serpiente, quien después venimos a descubrir ser Satán, se introduce sin una previa explicación en cuanto a cuál pudo ser la vía por la cual pasó a ser enemigo de Dios. Las Escrituras tan solo nos revelan relances en el rango supremo, la terrible ambición, y la desmedida caída de Satán, sin embargo, el por qué se le permitió de ese modo pecar y todos los muchos problemas del filósofo con respecto al origen del mal permanecen por resolver.

¿Nos corresponde a nosotros, siempre y cuando la Escritura guarde silencio, intentar forzando dar una respuesta a los oráculos de la filosofía y al *razonamiento* humano? Si Dios mantiene en oculto el sujeto o en parte el tema ¿No será mejor doblar nuestras rodillas en sumisión? ¿Tendremos que saberlo todo? ¿No habremos de darle espacio a la fe? ¿No será una mejor actitud mental las palabras expuestas en Job 42:1-6? Job se hallaba abatido por los problemas del mal. Sus amigos procuraban darle algún consuelo, pero todo era en vano. Nunca vino a recibir respuesta alguna para el problema. Todo cuanto podemos venir a aprender lo registra Santiago: “Que el Señor es muy paciente, y de tierna misericordia”.

Hay muchas expresiones en Eclesiastés mostrándonos que hay un descanso apacible en el Señor, tanto si plenamente comprendemos todos sus caminos como si no, aquí tenemos Su voluntad para con nosotros: “*Dios ha de juzgar al justo y al impío; puesto que ALLÍ hay un tiempo para cada propósito y para cada obra*” (Ecles.3:17). “*Ciertamente la opresión entorpece al hombre sabio*” (Ecles.7:7). Aquellos que no consigan ver que el propósito de Dios está por encima de todo deben, al contemplar la opresión por todas partes, sentir que son guiados a la casi total desesperación, sin embargo, la conciencia de que aunque AQUÍ prospere el mal, hay un tiempo ALLÍ para cada propósito y cada obra, esto nos ha de resguardar para que tengamos la actitud correcta delante de Dios.

La razón por el desagrado y hastío del escritor de Eclesiastés se registra en el capítulo 7, versículos 25-29. Está escrito como un ejemplo y un aviso. Salomón no se contentó con lo que estaba escrito; no, sino que se propuso hallar “la *razón* de todo asunto”. ¿Qué fue lo que halló? Vino a saber, por una amarga experiencia que destruiría toda su carrera, aquello que bien habría podido conocer habiendo sido escrito para su guía en los Proverbios. En aquellos proverbios escritos para guía del joven Salomón leemos una y otra vez acerca de la mujer insensata. A Salomón se le dio en Proverbios 31:10-31 una descripción de la mujer que Dios le escogería para ser su esposa. En vez de eso quiso conocer por experiencia la “perversión de la locura”, y nos dice:

- “He hallado más amarga que la muerte a la mujer cuyo corazón es lazos y redes, y sus manos ligaduras” (Ecles.7:26).
- “He aquí, esto he hallado, dijo el predicador, pesando las cosas una por una para hallar la razón; lo que aun busca mi alma, y no lo encuentra: un hombre entre mil he hallado (Cristo), pero mujer entre todas estas nunca hallé” (Ecles.7:27, 28).

¡Pobre Salomón! Bien podemos verlo con sus trecientas reinas, y cuatrocientas concubinas, y vírgenes sin poder contarse el número; y sin embargo, siempre insatisfecho (1ª Reyes 11:3 nos revela el hecho de que Salomón poseía 700 mujeres y 300 concubinas, haciendo un total de 1000 a su cargo). ¡Qué triste lección! En el último capítulo el predicador da la “conclusión de todo el asunto”.

- “El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios y guarda Sus mandamientos; porque esto es el todo (todo el deber) del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (Ecles.12:13, 14).

Toda investigación, razonamiento y especulación no le llevó a ningún sitio, no obtuvo con ello verdad alguna, sino antes bien lo hundió en la confusión. Los creyentes, al día de hoy, bajo una enteramente diferente dispensación, y con la ventaja añadida de una Biblia ya completa, son igualmente frágiles y humanos, y en el momento que queriendo ir más allá dejemos lo que está escrito, y nos pongamos a formular deducciones basadas sobre nuestras propias limitadas y prejudiciales observaciones, hemos también de fracasar inevitablemente. Salomón fracasó, aun cuando pensó en retener la sabiduría que le había sido dada por Dios. ¿Somos nosotros más sabios que Salomón cuando nos aventuramos a ir más allá de la Palabra escrita? ¿No seremos tan conscientes de nuestro limitado conocimiento en vista de estos tremendos temas como para no asumir drásticamente nada resolutivo en cualquier particular doctrina? Nuestra única esperanza reside en guardarnos absolutamente leales a *cuanto Dios nos diga*, y en recordar que en el momento que queriendo ir más allá y suplantemos la revelación de Dios por nuestras deducciones y teorías, en el momento que cuestionemos criticando Su derecho a ocultar y a revelar, en el momento que embarquemos en un viaje sin rumbo ni timón, nosotros también habremos de ser salvos del naufragio tan solo por un milagro de gracia.

No en tanto, todavía tenemos una cosa más a tener en consideración. En Daniel 10:21 y 11:2 tenemos una declaración que es digna de un cuidadoso estudio:

- “Pero yo te declararé lo que está en el libro de la verdad”.
- “Y ahora yo te mostraré la verdad”.

El ángel procede a darle un recuento más maravillosamente detallado, primero de los acontecimientos que estaban a punto de tener lugar en un espacio de tiempo relativamente corto, y a seguir de los acontecimientos todavía futuros del tiempo del fin, o tal como se dice en Daniel 10:14: “He venido a hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días”. El punto al cual queremos dirigir su atención al lector es que aquello que el ángel se acercó a decirle a Daniel ya se había registrado (de manera escrita en 5:24, 25; y las señales en 6:8, 9) en la Escritura de verdad. ¿Qué Escritura? Los acontecimientos predichos en Daniel 11, pero no se encuentran escritos en cualquiera de las Escrituras dadas hasta el tiempo de Daniel. Siendo así, la expresión sugiere la idea de que hubo Escrituras de verdad a las cuales el ángel tuvo acceso, y que las Escrituras que nosotros poseemos contienen selecciones, dadas por Dios, en diferentes intervalos, de aquel celestial pergamino que contiene probablemente mucho más de lo que todavía podamos deducir o percibir. Los ángeles no lo saben todo. Los Principados y Potestades en este momento están aprendiendo, a través de la iglesia, la multiforme sabiduría de Dios.

Ciertamente no poseemos un registro completo de todos los propósitos de Dios. Daniel 11 nos demuestra que Él sabía perfectamente, y lo registró en las Escrituras para que el ángel tuviese acceso a los actos de los reyes de Persia y de Grecia. Estamos seguros que Su conocimiento no tiene límites de ningún género, y que Él conocía perfectamente el curso completo de la historia de Grecia y Persia, si bien las Escrituras que hemos recibido no tratan de sus historias más allá del alcance del propósito por el cual han sido escritas. Nuestras Biblias se centran alrededor de Israel y Jerusalén. Siempre y cuando una nación en particular viene a entrar en contacto con Israel, se introduce entonces en el alcance de la revelación. ¿No es verdad que Aquel que escribió la historia de Israel desde el principio hasta el final pudo haber escrito además la historia de Inglaterra o Francia del mismo modo? Claro que sí, y nada sabemos que se haya registrado por las Escrituras de verdad que el ángel tomó en la pequeña porción dada en Daniel 11 del surgimiento y caída del Imperio Romano, ni la historia completa de todas las naciones de la tierra.

Bien podemos ver cuán limitadas son realmente las Escrituras, y eso se debe a un propósito divino. Hay líneas de verdad que, haciendo parte del sagrado registro de Génesis, iniciaron no en tanto un largo camino antes que diese comienzo su registro. Cuando leemos que Satán *no permaneció en la verdad*, tenemos una declaración que creemos, sin embargo, todos somos conscientes que estamos delante de una revelación demasiado limitada. Nada sabemos del pecado de Satán ni de las circunstancias sucedidas; de haber sido necesario que supiéramos, el Señor nos habría dado una más gráfica y detallada información. Ezequiel 28:17 sugiere que su caída se debió al orgullo. La lección está clara, sin embargo los detalles que satisfacerían nuestra curiosidad se omiten. Cuando el resucitado Señor habló Sus maravillosas palabras a los discípulos, tal como se registran en Lucas 24, leemos que comenzó desde Moisés y los profetas (vers.27). Bien pudo haber comenzado más temprano. Pudo haberles hablado del tiempo cuando Satán se reveló, y aún mismo les podría haber dado instrucciones definitivas con respecto a los muchos problemas sobre los cuales las mentes humanas

han especulado por todos los tiempos. Podría haberles declarado en pocas palabras el problema de la introducción, permisión y propósito del mal. Sin embargo no se nos dice que hiciese nada de esto, sino que “comenzando en Moisés y todos los profetas, les expuso las Escrituras que de Él decían respecto”.

Por nuestra lectura de la Palabra hemos llegado a ver que la eternidad no es algo que se trate en ninguna de sus páginas o temas. La Biblia se ocupa enteramente con el propósito de las eras o edades. Y mismo así, tenemos que ser conscientes de que la Biblia pasa de largo muchas cosas que nos gustaría saber, aun dentro de los límites de las eras, y enfoca nuestra atención antes que nada sobre el pueblo escogido de Israel, y por un corto espacio sobre la iglesia de la presente dispensación. Su objetivo no es tanto explicarnos todas las cosas, sino antes bien guiarnos durante este nuestro peregrinaje con el feliz conocimiento de que en la gloriosa resurrección tendremos tiempo y oportunidad de llegar a ser conscientes con la más amplia revelación de los propósitos y caminos de Dios.

No intentemos forzar la revelación más allá de los límites permitidos. Démonos por satisfechos diciendo que, hay cosas que no conocemos, porque Dios no nos las dice. Seremos más agradables para Él de este modo que si tomamos la responsabilidad bajo nuestros hombros de completar la revelación que propositivamente haya dejado Él incompleta. Una vez más debemos resaltar que, en todo cuanto hemos dicho, deseamos ser comprendidos, no dudando ni cuestionando la Santa Palabra de Dios, sino antes bien nos inclinamos delante de Su soberanía, reconociendo con grato amor la absoluta inspiración de todo cuanto Él ha revelado, y reconociendo igualmente la soberana sabiduría que reside por detrás de la retención de la mayor parte que podríamos haber esperado haberse escrito. Mantengámonos fieles a cuanto está escrito. Démonos por satisfechos con lo que Dios nos ha dicho, y si algunas líneas de verdad nos parecen difíciles, no intentemos forzándolas conciliarlas, pues el propio intento ya de por sí demuestra incredulidad, sino asegúremonos que cuando veamos el propósito completo desplegado, todo ha de ser perfecto y armonioso, y que ha de trascender e ir mucho más allá de los más altos revuelos de nuestra presente imaginación

The Berean Publishing Trust

52A Wilson Street, LONDON EC2A 2ER